

Si están mirando hacia aquí pensando: “Hmmm... algo está un poco diferente hoy”, no lo imaginan. Yo aquí arriba estoy pensando lo mismo. Me alegra mucho estar, y sinceramente me conmueve que hayan venido sabiendo que yo sería quien hablaría esta mañana. Eso es compromiso.

Acabamos de escuchar ese pasaje familiar de Juan: la escena del aposento alto. Apenas días antes, Jerusalén había celebrado con ramos de palma y gritos de “¡Hosanna!” El Domingo de Ramos estuvo lleno de esperanza y expectativas. Pero ahora la multitud se ha ido. Las lámparas están bajas. Es la Pascua, una noche pensada para la alegría y el recuerdo, y sin embargo el ambiente en ese cuarto de arriba está tenso. Jesús ha lavado los pies de sus discípulos. Ha predicho la traición. Judas se escabulle en la noche. Luego Jesús les dice: “Me voy. Ustedes no pueden venir conmigo.” Su mundo se está moviendo bajo sus pies.

En medio de esa tensión, Jesús no habla de escape ni de estrategia, sino de gloria y amor. Él dice: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él.” Los discípulos probablemente pensaban en la gloria como poder, honor, éxito—categorías mundanas. Pero Jesús está redefiniendo la gloria como amor que se entrega. Está a punto de mostrar el amor de Dios de la manera más profunda en la cruz. Les desafía a mirar lo que va a hacer porque esto es lo que parece el amor de Dios. Les da un mandato que formará a la iglesia: “Un mandamiento nuevo les doy: que se amen unos a otros. Como yo los he amado, así deben amarse unos a otros.”

“Un mandamiento nuevo” no es solo una repetición de “ama a tu prójimo como a ti mismo” de Levítico. Es más profundo y personal. Jesús no está señalando hacia atrás a Moisés; está señalando a sí mismo. “Como yo los he amado” describe un amor propio de Dios—desinteresado, atento, perdonador, sacrificial y constante aun cuando la

gente falla.

Piensen en el lavado de pies. Jesús se arrodilló para lavar incluso los pies de Judas, sabiendo lo que Judas haría. Eso es amor que perdona. Si perdemos el perdón, perdemos el amor. Una relación sin perdón se viene abajo bajo el peso del juicio y la expectativa. Jesús amó no porque las personas fueran perfectas sino sabiéndolo exactamente quiénes eran—débiles, rotos, pecadores—y amándolos de todos modos.

Este amor es sacrificial. El amor mundano a menudo se retrae ante el dolor. El amor de Cristo se acerca al dolor y se entrega. Es un amor comprensivo, con los ojos abiertos a nuestras fallas pero comprometido. Los discípulos aún no comprendían toda la magnitud de esto, pero habían visto lo suficiente para saber que no se parecía a nada más.

Jesús también llama a esto una señal. “En esto

conocerán todos que son mis discípulos: en que se amen los unos a los otros.” Aquí hay una medida: el mundo reconoce a Cristo no primero por nuestros credos o programas, sino por cómo nos amamos entre nosotros. Juan lo dice con claridad: nadie ha visto a Dios, pero si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor se perfecciona en nosotros. El Dios invisible se hace visible a través de nuestro amor mutuo.

Este amor es misionero. A menudo pensamos que las misiones son algo lejano y profesionalizado, pero cuando los creyentes se aman unos a otros como Jesús describió, el mundo lo ve. La iglesia primitiva vivió esto: compartiendo sus bienes, cuidando a las viudas, acogiendo a los forasteros, arriesgándolo todo los unos por los otros. Los que estaban fuera decían: “Miren cómo se aman,” y eso hizo creíble el evangelio.

¿Cómo se ve este amor en la vida ordinaria? Es callado, práctico y sacrificial. Un compañero de

trabajo nota la pesadez en los ojos de un amigo y dice: “Oremos,” convirtiendo una oficina en un espacio sagrado. Un vecino pasa las mañanas del sábado cortando el césped para una pareja de ancianos—sin factura, sin reconocimiento—solo servicio. Una pareja entra en una habitación de hospital antes del amanecer para orar con una familia en crisis, sin ser vistos y fieles. Alguien lleva una cazuela no porque una tragedia lo exija sino porque una persona necesitaba sentirse recordada. Una madre joven lleva a su hijo a visitar a los solitarios, enseñando con el ejemplo lo que significa cruzar barreras culturales y generacionales. Un hermano deja sus llaves en el gancho, listo para cambiar su día y llevar a alguien a una cita o a un funeral.

Estos momentos son pequeños desde afuera pero laten con el mismo amor entregado que movió a Cristo a la cruz. Son la evidencia concreta y viviente del mandato de Jesús.

Lo sé por mi vida. Yo fui ese niño sentado en el suelo mientras mi madre visitaba a los heridos—mi profesora que había dejado su trabajo por depresión, la mujer preocupada por llegar a fin de mes, la recién llegada que luchaba por encontrar su lugar en una cultura extraña. Sí, me aburría. Pero estaba observando. Esos actos silenciosos de compasión me formaron. Años después, cuando le dije a mi madre adónde íbamos Megan y yo y ella estalló en lágrimas, se recompuso pronto y dijo: “Confío en Dios, y te amo.” Esa fe simple y constante me enseñó más sobre el amor que cualquier sermón que haya dado.

Nuestros hijos nos están viendo ahora—callados, inquietos, fingiendo no importarles. Nuestras relaciones hablan más fuerte que nuestras palabras. Si queremos que el mundo y nuestros hijos reconozcan a Cristo, dejémosles ver cómo nos tratamos entre nosotros.

Este tipo de amor no es natural; es sobrenatural.

Es obra del Espíritu Santo en nosotros. Jesús nunca manda algo que no capacita. Amamos porque él nos amó primero. Eso significa que podemos elegir la paciencia cuando sube la frustración, la bondad cuando la crítica parece justificada, el perdón cuando el resentimiento sería más fácil, la humildad cuando el orgullo exige la última palabra, y la presencia cuando retirarse parece más seguro.

Imaginen si este mandato moldeara nuestra vida diaria. Imaginen hogares donde las disculpas llegan pronto y la gracia fluye libremente; lugares de trabajo donde se nos conoce por escuchar y preservar la dignidad; una iglesia donde las diferencias profundizan la unidad y la gente se siente segura para ser honesta y vulnerable. Imaginen nuestra comunidad como un lugar donde se acoge a los extraños y se nota a los marginados. Imaginen un mundo donde nuestra presencia trae paz, nuestras acciones reflejan a Cristo y nuestro amor abre puertas a

conversaciones sobre la fe.

Confieso que este mandamiento me exige. Pide valor y sacrificio. Pero no es una carga—es una invitación a vivir en el amor que ya nos ha rescatado.

Oremos brevemente:

Dios misericordioso, moldeanos por el amor de tu Hijo. Ablanda nuestros corazones, fortalécenos por tu Espíritu y ayúdanos a amarnos unos a otros como Cristo nos ha amado. Haz de nuestra comunidad un signo visible de tu presencia en el mundo. Amén.

Recuerden a los discípulos en ese cuarto oscuro: el lebrillo y la toalla, las palabras que atravesaron la confusión—“Ámense los unos a los otros como yo los he amado.” Ellos edificaron sus vidas y la iglesia sobre esas palabras. Somos llamados a hacer lo mismo. Que nosotros, como Village

Church, vivamos ese mandamiento, dejando que el amor de Cristo sea la medida por la cual se nos reconozca.